

FANTASÍAS CON EL CELLO

Hay médicos para todo

—¡Muy buen día!

—Pero, ¿cómo le va? ¿Estuvo presenciando el ensayo?

—Así es, me ubiqué en la mitad de la platea.

—No me había percatado de su presencia, mis disculpas...

—Ampliamente justificado: todas las cuerdas estaban muy concentradas con el *Allegro non troppo* del primer movimiento.

—No es para menos, en ésta su segunda sinfonía don Brahms dispuso que los violonchelos y contrabajos arrancáramos con la primera frase del tema principal.

—Pero después se incorporan los cuernos.

—Así es, aunque a poco de andar volvemos nosotros con las violas para hacernos cargo del tema en Fa sostenido menor.

—De una melodía subyugante...

—Coincido, sin embargo en honor a la verdad conveengamos que todas sus sinfonías son bellas.

—Totalmente, la pena es que solo haya escrito 4.

—Vaya uno a saber por qué, quizás pensó que había logrado plasmar las ideas musicales que traía consigo. Nunca lo sabremos a ciencia cierta.

—Bueno, si vamos a buscar refugio en la ciencia, tampoco allí hay certezas absolutas.

—¡Habíamos arrancado bien! Sigamos con las corcheas y semicorcheas, ¿sí?

—Por supuesto. No haga caso de estas acotaciones casi intempestivas; muchas veces me he preguntado por qué justo a mí me tocó ser yo.

—Flagelo de lado, cuénteme qué le pareció el último concierto donde se ejecutó la Inconclusa.

—Me agradó sobremedera, a tono con los quilates de la composición. Algunos musicólogos han señalado que esta pieza sería la primera sinfonía romántica por lo expresivo de su melodía y creativas combinaciones de color.

—Para mi gusto, la inconclusa es atrapante y a la vez despierta mucha curiosidad, pero hasta donde conozco no se conoce la razón de abandonar la composición. Aparentemente su inspiración viró hacia la Fantasía *Wanderer* para piano solo.

—Otros señalan que dejó de trabajar en pleno *scherzo* durante el otoño de 1822, época para la cual debutó con la sífilis.

—¡A la flauta!

—Al piano, mi estimado. Ocurre que su entrega a la música y el cultivo de la amistad le aportaron una vida donde no faltaron el vino y las mujeres; era *habitué* de los prostíbulos.

—No tenía ese dato.

—Pero la hipótesis no me convence del todo. Schubert vivió seis años más y bien podría haberla terminado. Ciertamente es que avanzó bastante en un tercer movimiento, casi terminado en lo que hace a la partitura para piano, pero con solo dos páginas orquestadas.

—Murió muy joven, ¿verdad?

—Dos meses antes de cumplir 32 años.

—¿Por su sífilis?

—No, al parecer de una fiebre tifoidea.

—Fue un maestro sumamente creativo y excepcional en *lieder* y piezas para piano.

—Oh sí, en apenas 20 años llegó a concretar una magna obra musical.

—Cuando uno ejecuta sus obras pareciera advertirse una cierta melancolía de carácter.

—Hay algo de eso. Se cuenta que en sus últimos años se sintió muy afectado por una enfermedad “de amor”, y hasta confesó sentirse muy desgraciado. Aunque en realidad su historia arrancó mal desde el principio. Fue el duodécimo hijo de una familia de diecinueve hermanos atiborrada de dificultades económicas.

—¿Y cómo se las ingenió para realizar estudios musicales?

—Obtuvo una beca.

—De alguna forma eso se termina volcando en las partituras.

—Sin duda, se trata de un lenguaje muy efectivo para plasmar vivencias profundas del alma.

—*Così sia*. Pero, cuénteme qué lo trae por acá.

—Nada en particular, simplemente tenía ganas de saludarlo.

—¡Albricias, digamos que por un momento me cede la iniciativa!

—En aras a las buenas costumbres y espíritu conciliador, hago caso omiso de esos epítetos y me avengo a su requisitoria.

—¡Arrasador! Pues bien en varias ocasiones me he preguntado sobre las incursiones de los médicos en el terreno de la música.

—A ver si entiendo. ¿Se refiere a galenos que a la par de su actividad profesional dedicaron parte de su tiempo al quehacer musical?

—Exactamente.

—¡Uh! Los médicos han metido sus narices en tantísimas cosas... En muchas civilizaciones la medicina y la música han tenido cultores comunes.

—De ahí la pregunta.

—Ambos quehaceres son muy atrapantes y unos cuantos colegas no ofrecieron la mínima resistencia.

—¡Al grano, por favor!

—Tomemos por ejemplo a Apolo dios protector de las musas, del arte de curar y patrono del oráculo en Delfos. Recibe el título de curador y vidente, capaz de prevenir la enfermedad y otras desgracias.

—Siempre con la muletilla de los griegos.

—Erróneo, en la India Sarawati también es el dios de la música y de la medicina.

—Con tantos dioses sobrevolando no ha de ser sencillo abajarse a tierra firme.

—Lo más aconsejable sería no subirse.

—Uhm... no faltarán quienes se sientan en la cima.

—Puede ser, pero circundados de despeñaderos.

—¿Entonces?

—Un buen antídoto es ir trabajando desde adentro, algo así como una limpieza diaria de las malezas de la vanidad.

—Me atrevo a decir que algunos procurarán aborrecerla.

—¡Por cierto, son ellos y después el abismo! Sin embargo, no me parece que sea algo exclusivo de la medicina.

—Estoy de acuerdo. Lo saqué de carril, discúlpeme.

—Apartados del Olimpo, la idea que pretendo transmitir quizás la haya sintetizado Lord Moynihan en una exposición titulada *Truants* efectuada en la Universidad de Cambridge donde recalca que los médicos en todos los tiempos y en todos los países suelen dedicarse a otras ocupaciones no relacionadas con su profesión.

—¡Médicos para todo!

—No tan así. Más bien diría el *parergon* de los griegos; vale decir hacer otro trabajo a la par del propio.

—Me interesan los que optaron por el pentagrama.

—Mire que entre los más conspicuos hay un elenco interesante.

—*Avanti dunque.*

—La primera persona que viene a mi mente es Héctor Berlioz. Hijo de médico y estudiante de la carrera de Medicina quien un buen día hartóse de las disecciones.

—Muy conocido por su Sinfonía Fantástica.

—*Certo.* La fuente de inspiración para esta composición fue Harriet Smithson, una actriz irlandesa quien solía interpretar las heroínas del teatro shakespeariano.

—Los románticos hacían un culto de esas vivencias.

—Para él frisaba lo excelso. Inicialmente fue rechazado por Harriet, pero luego consiguió casarse con ella.

—Final feliz, digamos.

—Qué va, terminaron separándose probablemente debido al desencanto, la penuria económica, e incapacidad de mantener a su esposa, devenida alcohólica, y su hijo Louis. El muchacho, marino de profesión, murió en La Habana de fiebre amarilla, a la edad de 33 años.

—Romanticismo en estado puro. Para esta gente, el sufrimiento era una suerte de legitimación.

—Y algunos hasta se lo procuraron. Cierto es que Berlioz se fue hundiendo en un aislamiento y una soledad cada vez más profundos.

—Motivos no le faltaban.

—En su momento sintió la necesidad de explicar el plan argumental de su sinfonía.

—Digamos que se anticipó a los poemas sinfónicos.

—Y por qué no a los impresionistas. Preparó una suerte de guión, en el cual habla de un joven músico de sensibilidad enfermiza y ardiente imaginación quien en un brote de desesperación amorosa decide administrarse una dosis muy alta de opio, tras lo cual se sume en un sueño profundo salpicado de tormentosas escenas oníricas.

—¿Locura de amor?

—O amor de locos, como más le plazca. La sinfonía concluye con el *Sueño de una noche de aquelarre*, donde el protagonista se halla rodeado de una multitud de nigromantes y monstruos reunidos para un funeral.

—Recuerdo muy bien ese movimiento. Pero seguramente habrá habido otros con existencias no tan trágicas.

—Si claro. Hubo muchos médicos melómanos, sea como intérpretes o compositores.

—¿Como cuáles?

—El descubridor de la percusión, el Dr. Auenbrue-

gger, fue autor del texto de una ópera de Salieri, *El des-hollinador*.

–¿A qué percusión se está refiriendo?

–Perdón, nada que ver con la música. Este médico advirtió que en base a los sonidos obtenidos tras percutir ligeramente el tórax de sus enfermos podía inferir en torno a las características de los órganos alojados en la cavidad.

–Muy sagaz el hombre.

–Lamentablemente sus hallazgos no suscitaron demasiado interés entre sus colegas vieneses del siglo XVIII.

–Muchos músicos tampoco fueron reconocidos en su momento.

–Pero finalmente se hace justicia. La valoración de esta técnica de la percusión se produjo años después a través de Jean-Nicolas Corvisart, médico de Napoleón, quien se encargó de difundirlo.

–Aun así, me imagino que muy pocos deben acordarse del percutor y libretista.

–A otros les fue mejor. Existe un galardón muypreciado en Alemania que lleva el nombre de Medalla Helmholtz, el cual se adjudica a científicos salientes.

–¿A título de qué?

–El Dr. Herman von Helmholtz, hijo de médico y convencido por su padre, estudió medicina en Alemania para graduarse con apenas 21 años.

–Casi adolescente.

–Hizo aportes sustantivos en anatomía, fisiología, medicina clínica, y fue el inventor de un aparato que sirve para inspeccionar el interior del ojo, entre otros logros.

–¿Y su vinculación con la música?

–Se cuenta que ejecutaba con maestría las fugas de Bach, pero lo más trascendental fue un texto *Sobre la sensación de los sonidos como base fisiológica para la teoría de la Música*, el cual es un clásico en el tema.

–¿Me permite una acotación?

–Por supuesto.

–Lo noto bastante teutónico esta mañana.

–Quizás sea porque lograron mayor divulgación. La historia escrita no implica que se trate de un reflejo fidedigno de lo ocurrido en tal o cual sociedad.

–¿Alguna nota de color?

–Nunca faltan. Tiene que ver con la amistad entre Brahms y el cirujano Christian Albert Theodor Billroth.

–¡Todo oídos!

–De origen austríaco, llegó a ser un eximio ciruja-

no europeo; ocupó cátedras en Alemania, Holanda, Bélgica y finalmente en Viena. Estuvo entre los primeros en adoptar las técnicas desinfectantes en las intervenciones quirúrgicas y en 1872 removi6 por primera vez parte del 6s6fago, uni6ndo exitosamente cada extremo.

–Suena complicado.

–Como si fuera poco, tiempo despu6s llev6 a cabo una extirpaci6n total de la laringe.

–La an6cdota, *per carit6t*.

–Para desesperado ya tenemos uno. Ocurre que el amigo Christian hab6a recibido una excelente educaci6n musical y sol6a incursionar en el arte de combinar los sonidos. Seg6n se cuenta, Brahms hab6a sido invitado por Billroth para asistir a un concierto que dar6a una orquesta de m6dicos aficionados. A los pocos minutos de iniciada la funci6n don Johannes se levant6 y abandon6 la sala vociferando: “¡Noooo, primero me dejar6a operar por la Orquesta Filarm6nica de Viena!”.

–Antol6gico, ser6 divulgado. Palabra de *Cello*.

–Continu6 por esa geograf6a y avanzamos unos a6os ya adentrado el siglo XX.

–¿Espec6ficamente qui6n?

–Fritz Kreisler.

–Un concertista de aqu6llos.

–Ciertamente, hijo de m6dico, en 1889 comenz6 a estudiar medicina en Viena. Pero lo suyo era el viol6n, un prodigio como pocos.

–Las cuerdas lo recordaran por siempre.

–Sirvi6 en el ej6rcito austroh6ngaro en la Primera Guerra Mundial, durante la cual fue herido; pero sobrevivi6.

–¡Bien para 6l y el mundo de la m6sica!

–Tal cual. Pero hay otro contempor6neo de Kreisler no menos conspicuo.

–¿Como concertista?

–M6s bien polifac6tico, Albert Schweitzer.

–Fue un gran estudioso de la obra de Bach.

–Entre otras tantas. Nacido en el seno de una familia de m6sicos talentosos, estudi6 6rgano y teolog6a para ordenarse pastor luterano en 1900. Tras lo cual se desempe6 como p6rroco de la iglesia de San Nicol6s en Estrasburgo.

–¿Y los enfermos?

–En 1905 decidi6 estudiar medicina a fin de misionar en el 6frica Francesa. Se gradu6 en 1913 y organiz6 un hospital de chozas en Gab6n.

–¡Qu6 t6o!

—Le otorgaron el Premio Nobel de la Paz en 1952 y se mantuvo activo como cirujano hasta los 75 años.

—¿Sabe una cosa? Está todo muy lindo pero aquí está faltando un nombre para mi gusto.

—¿A quién tiene *in pectore*?

—Un señor de las estepas.

—Es que me lo venía reservando para el gran remate.

—Ahora sí.

—Digamos que podríamos catalogarlo como el buque insignia entre los médicos que se animaron con la gran música.

—¿Estamos hablando de Borodin?

—Efectivamente, don Alexander, hijo ilegítimo del príncipe Gedevanishvili, un señor que orillaba los 65, y de Eudoxia Konstantinovna, una joven con apenas 24 años.

—Cosas del amor.

—Imaginemos que haya sido así. El padre pertenecía a la nobleza de lo que hoy es la república de Georgia; no así su madre que por cierto era una mujer hermosa y muy culta.

—¿Y el apellido Borodin?

—El bebé no fue reconocido con lo cual se registró como el hijo de un siervo, Porfirio Borodin.

—*Horroris!*

—Hay que situarse en el contexto de la Rusia de 1837. Un imperio gobernado por la autocracia de los Romanov, a lo que sumaba un nacionalismo imperialista y una Iglesia sumisa al zar todopoderoso.

—Pobre niño.

—Felizmente le sobró madre. Borodin fue educado esmeradamente por ella; y al parecer fue ayudado por el príncipe hasta su fallecimiento en 1843.

—Digamos que se preocuparon por darle una buena formación.

—Excelente diría yo. En su niñez ejecutaba al piano el repertorio de las bandas militares y había compuesto una polka. Ya en su adolescencia dominaba el francés, alemán, inglés, e italiano. A la par de tocar la flauta y el cello.

—*Bravo Alessandro!*

—Borodin era bastante debilucho y se creía que estaba afectado de tuberculosis. Felizmente los vaticinios dieron por tierra y su capacidad iba *in crescendo* a medida que se adentraba en la mocedad.

—¿Y la medicina?

—A decir verdad su gran vocación en el ámbito

profesional fue la química, con apenas 13 años había montado un laboratorio en su casa y elaboraba colorantes para acuarelas. Un tiempo después ingresa en la Escuela Médica de San Petersburgo.

—Allí es donde se estudia con cadáveres.

—*Altri tempi*. Desde el inicio quedó clara su preferencia por la química, en la que se entrenó bajo la tutoría del profesor Nikolai Zinin. Borodin se graduó como médico en 1856, y en su titulación recibió la máxima mención honorífica *cum eximia laude*.

—Lo que se dice un ilustrado de aquéllos.

—Sin duda. De inmediato fue comisionado al segundo Hospital Militar, hasta 1859. En su estadía en dicho nosocomio conoció a un joven oficial, Modest Mussorgsky.

—El de los *Cuadros de una exposición*.

—El mismo que viste y calza, quien luego nos legaría su *Boris Godunov*.

—Por cierto.

—Este compositor venía de una familia noble y se cotizaba muy bien entre las damas afrancesadas, calificado como *charmant, délicieux* al oírlo ejecutar el piano.

—Siempre el francés.

—Más aún en la Rusia zarista.

—¿Pero Borodin era políglota!

—Las barreras idiomáticas no constituían un problema para él. En 1861 de paso por Alemania conoce a una pianista rusa de 29 años, Katerina Protopopova, quien había llegado a Heidelberg para tratarse de una tuberculosis que la tenía a maltraer.

—¿Qué historia ésta de la tuberculosis!

—Algún día le otorgaremos el espacio que amerita. Ciertamente es que la enfermedad se agravó y por recomendación expresa viajó a Pisa acompañada por su ya entonces prometido.

—¿Consiguió recuperarse?

—Quedó en la franja de los pacientes que evolucionan más o menos bien. En 1862 regresan a San Petersburgo y Borodin recibe el nombramiento de profesor adjunto en la Academia Médica Militar.

—Un salario seguro.

—¿Se me está humanizando! En abril de 1863 los novios contraen matrimonio, el cual fue bastante afortunado no obstante la enfermedad de Katerina y su infertilidad.

—Almas que se encuentran, como se suele oír por acá.

—Se dice que había una gran complementariedad entre ellos.

—¿Y cómo médico qué tal?

—Fue una persona dotada con una enorme capacidad. Digamos que todo lo que emprendía terminaba haciéndolo bien. Pero siempre se consideró como un médico profesor de química orgánica, su *leitmotiv* por así decirlo.

—Bastante particular, si se quiere.

—Es que la Medicina da para todo.

—Ya me lo dijo. Pero también la música ha cobijado espíritus bien diferentes.

—Tal cual. Prosigo, su *liason* por los tubos de vidrio lo llevó a fundar la Sociedad Química de Rusia, en 1868. Entre los 19 miembros integrantes estaba Mendeléyev.

—A ese señor tampoco lo tengo.

—Uno de los padres de la Química moderna, quien logró efectuar una clasificación de los elementos conocidos hasta ese momento, agrupados en lo que denominó la tabla periódica.

—¿Un *capo lavoro*?

—Con todas las letras. Aunque Borodin también hizo lo suyo. Sus contribuciones fueron publicadas en 21 artículos en ruso y alemán. Incluso desarrolló un método para la estimación del nitrógeno en las personas, que constituyó un clásico en los libros de Bioquímica.

—Y uno que lo hacía más músico que médico.

—Sin duda que sus dotes musicales estaban a flor de piel. Pero no faltaron quienes le dieron el empujón justo como para vincularlo con los círculos musicales encumbrados de aquellos años.

—Mussorgsky probablemente.

—En 1862 don Modesto lo puso en contacto con un matemático y músico autodidacta, Mili Balákirev.

—Volvemos a tierra firme.

—En esos años Balákirev fundaría la Escuela Libre de Música en 1862, algo así como la contraparte del Conservatorio de San Petersburgo. Según sus escritos refiere haberle alertado que la composición era la verdadera vocación de Alexander.

—He visto mucha gente que se anota con los éxitos.

—Otorguémosle el beneficio de la duda. El asunto es que Borodin empezó a escribir su primera sinfonía, para concluir la en 1867 y posteriormente estrenarla en 1869.

—Me suena que escribió algunas más.

—En realidad fueron 3, aunque la última quedó inconclusa.

—¿Como la del amigo Schubert!

—Pero en este caso la responsabilidad le cupo a la parca. Quedan dos movimientos orquestados por Glazunov el cual logró hacerlo gracias a una memoria extraordinaria. ¡Sólo los había escuchado de Borodin al piano!

—Hay gente con ese tonelaje musical.

—Asimismo concitó el apoyo de alguien muy respetado en el escenario europeo.

—Un pez gordo, como se dice.

—Digamos esos señores abre puertas. En su calidad de profesor, en 1877 realiza un viaje para visitar hospitales en Alemania y logra contactar a Franz Liszt.

—A diferencia del otro Franz, este sí que era afortunado.

—Liszt apreció mucho la segunda sinfonía. Se encontraron en 1881 y 1885 en Magdeburgo y Weimar, donde Liszt se desempeñaba como *Kapellmeister*.

—Si la memoria no me falla, también compuso música de cámara.

—Por supuesto, escribió cuartetos, quintetos, sextetos; el poema sinfónico *En las estepas del Asia Central* y hasta una ópera bufa inédita.

—Lo que más me resuena son sus *Danzas Polovtsianas del Príncipe Igor*.

—Una de sus composiciones más difundidas, por cierto. En una función de ballet ruso llevada a cabo el 18 de mayo de 1909, en un Teatro Châtelet atestado de parisinos, Sergei Diaghilev presentó sus Danzas.

—Las benditas funciones legendarias.

—Un hito en la historia del ballet. La pieza tiene que ver con su ópera *Príncipe Igor*, en la cual trabajó entre 1859 y 1867.

—¿Todo ese tiempo!

—Y no llegó a concluir la totalmente. Al morir aún le restaban la obertura, parte del tercer acto y fragmentos no orquestados.

—¿Y?

—Otra vez Glazunov, que puso fin a la obertura y el tercer acto.

—La criatura.

—En efecto, y Rimski-Kórsakov se encargó de la orquestación. La ópera se estrenó en San Petersburgo el 4 de noviembre de 1890.

—Cuánto habrá soñado con ese momento...

—Por supuesto, pero el infarto fue implacable. Ocurrió durante una fiesta organizada por los profesores de la Academia de San Petersburgo, el 27 de febrero de 1887. Tenía 53 años.

–Una vida relativamente corta, si se quiere.
 –Aun así Borodin llevó a cabo una labor que bien podría demandar varios humanos.
 –¡No obstante de haber nacido siervo e ilegítimo!
 –El hombre estaba dotado de una gran capacidad y carácter, amigo generoso, excelente profesional, gran docente y músico talentoso.
 –Ésos que reúnen todas las virtudes...
 –Muchas, cuanto menos. Una revista médica de gran prestigio, *The Lancet*, redactó una editorial el 19 de marzo de 1887 a raíz de su fallecimiento en la cual remarca: "...no obstante su arduo trabajo profesional y de laboratorio, el profesor Borodin encontró tiempo para cultivar el arte y la ciencia de la música a los que fue muy adepto. De él se dice haber prestado un valioso servicio a la causa de la música rusa".
 –Una vida ejemplar.
 –Se me hace que incluso llegó más lejos.
 –¿En qué sentido?
 –En 1890 las regalías de su obra musical fueron destinadas por sus albaceas (Dianin y Balákirev) al conservatorio de San Petersburgo, a fin de que se otorgasen becas a compositores jóvenes.
 –Ahhhh, también desprendido.
 –Lo cual habla de una dosis muy significativa de empatía.
 –En castellano, por favor.
 –Vendría a constituir una cierta identificación con el otro, saber escucharlo, comprender sus problemas y vivencias.
 –Si mal no le entiendo, sería como ponerse en el lugar del otro.
 –Exactamente, y a partir de eso la necesidad de ayudar.
 –Creo comprenderlo; Borodin había venido remando desde abajo y debe haber visto en tantos jóvenes su propia historia.
 –Lo que se dice, una persona de bien...

–¡La próxima temporada debería incluir alguna de sus sinfonías!
 –Y en el programa reseñar sus tantas cualidades...
 –¡Por supuesto! Y deje de fruncir el ceño: esa expresión me retrotrae al día que se refirió a Pau Casals.
 –Son momentos de una cierta solemnidad.
 –Lo prefiero cascarrabias.
 –Pero en la vida también hay *andante cantabile*, *adagio molto*, y *allegro ma non troppo*.
 –Opto por los *allegro vivace* o *scherzando allegretto*.
 –*Mio Signore!*
 –No se haga el reverencioso, solo estoy expresando mi opinión; democráticamente como dicen ustedes.
 –¡POLÍTICA NO!
 –Tranquilidad que a mí tampoco me atrae. Más allá de las diferencias en los *tempi*, la música siempre será un sitio donde uno consigue regocijarse.
 –¿Podríamos husmear en esa zona tan reconfortante?
 –Sí, sí, y afile la puntería.
 –Pero en la próxima volveremos al coloquio, usted es un buen conocedor de esas cuestiones.
 –Es que soy más bien remolón a la hora de discursar.
 –No mienta o las clavijas se le van a agrandar como la nariz de Pinocho.
 –No estoy faltando a la verdad. Mientras tanto vaya escudriñando entre sus discos alguna que otra preciosidad.
 –Discos... ¡suena tan lindo!. Veré qué se puede hacer.
 –Usted es un hurgador nato.
 –*Tornerò sicuramente.*
 –*Buona fortuna!*

OSCAR BOTTASSO

Correo electrónico: oscarbottasso@outlook.com